

UN ARGENTINO SUELTO EN TOKIO

Andrés Duarte Loza

Clang (N.º 4), pp. 93-95, abril 2016

ISSN 2524-9215

## UN ARGENTINO SUELTO EN TOKIO

Andrés Duarte Loza

dualoz@gmail.com

Facultad de Bellas Artes. Universidad Nacional de La Plata. Argentina

El hecho de haber vivido la mayor parte de mi infancia en la década del ochenta propició que mis primeros contactos con la cultura japonesa se produjeran por causa de lo que –en aquellos años– se pasaba por la televisión: por un lado, los dibujos animados (*anime*) AstroBoy, Manzinger Z, Godzilla, Heidi y Robotech, entre los más destacados contenidos audiovisuales japoneses; por el otro, a través de una versión de Japón tamizada desde la industria cultural estadounidense, como la serie Maestro Ninja (*The Master*), la miniserie Shogun y las largas sesiones de cine hollywoodense del famoso ciclo «Sábados de Súper Acción» del viejo canal 11, donde el grueso de las películas en las que intervenían personajes japoneses eran del género bélico, referidas, casi exclusivamente, a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, además del aluvión de cine bélico hollywoodense, también hubo excepciones que ponían en juego lecturas de la historia desde otras perspectivas –en las que, por cierto, no explotaba todo por los aires–, como es el caso de *Feliz Navidad Mr. Lawrence*, dirigida por Nagisa Oshima y con música de Ryuichi Sakamoto, una película que plantea preguntas existenciales sobre las

diferencias y las afinidades que existen entre Oriente y Occidente.

Japón representaba, para mí, parte de ese vasto mundo que parecía inasible a la distancia, una realidad ajena y enigmática que incentivó mi curiosidad. Ya de chico, un poco por casualidad y, más tarde, por una búsqueda consciente, me fui acercando a algunas de sus manifestaciones culturales: en principio fueron las artes marciales; y, luego, me interesé en el cine, la música, la poesía, la filosofía zen; y, finalmente, el idioma que se transformó en una inesperada fuente de recursos creativos. La idea de tener una experiencia de estudio en Japón fue cobrando forma muy lentamente. Con motivo de un breve viaje a Japón relacionado con mi práctica de artes marciales comprendí que estudiar allí no era una idea descabellada e imposible de concretar. Como docente e investigador de la Universidad Nacional de La Plata pensé que podría ser una muy buena opción solicitar una beca de investigación y posgrado que ofrece el Gobierno de Japón a través de su embajada en Argentina.

Tenía el lugar donde quería estudiar pensado de antemano: la Universidad de Artes de Tokio,



que es nacional y de la cual ya contaba con referencias que la señalaban como la Universidad más prestigiosa de Japón en el campo del arte. Dentro del Departamento de Musicología y Estudios Musicales existe una especialidad de la maestría en Artes llamada Creatividad Musical y Sonora. Es un programa de posgrado que hace énfasis en el trabajo interdisciplinario con medios audiovisuales como el cine y el cine de animación, además de brindar una sólida experiencia práctica en el manejo de medios tecnológicos vinculados con estas disciplinas. El tema de investigación que elegí fue música de cine, tema que me apasionó toda la vida.

Cuando llegué a Japón, estuve un año en calidad de estudiante de investigación, tiempo en el cual hice un curso intensivo de japonés mientras tomaba algunos cursos sobre informática musical e iniciaba mis tareas de investigación. Al año siguiente, me presenté al examen para ingresar al master y allí comencé con el programa de posgrado propiamente dicho.

A la par de los cursos y de los trabajos que había que resolver, para cada uno de ellos surgían permanentemente propuestas de trabajo dentro del marco de lo que en la Argentina conocemos como extensión universitaria, los cuales consistían en participar de conciertos, de festivales, de producciones y de eventos artísticos. Recuerdo con mucha alegría que el primer encargo que tuve fue la composición de un tango instrumental para un concierto que fue organizado por la municipalidad de Tokio y el bandoneonista japonés Ryota Komatsu. Desde ese momento confirmé lo que se decía en la Argentina sobre el fanatismo de los japoneses por el tango. Fue así que en toda mi estadía en Japón siempre estuve vinculado, de una u otra manera, al medio tanguero ya sea por participar de conciertos como instrumentista (guitarra), por encargos como arreglador o hasta por trabajar de musicalizador de milongas y de shows de tango danza.

Con posterioridad a ese encargo, también participé en proyectos que se hicieron en colaboración con el Departamento de Animación de la Universidad en los que estuve a cargo de la realización de la totalidad de la banda de sonido, es decir, no sólo de la música, sino también de la grabación de los diálogos y la producción de los efectos sonoros. Por otro lado, en colaboración con el Departamento de Artes Audiovisuales y Artes Plásticas, participé en la realización de varios proyectos como pilotos para comerciales de televisión, instalaciones y exposiciones de música y artes visuales para la comunidad en general. En nuestro departamento, principalmente organizamos festivales musicales, conciertos e hicimos algunas producciones discográficas. Fue muy interesante observar cómo la universidad tiene una importante injerencia en la vida cultural de la comunidad y está involucrada profesionalmente en proyectos para los medios masivos de comunicación y en la industria cultural de manera muy dinámica.

Dos de los requisitos para aprobar el máster eran elaborar una tesis escrita y realizar un trabajo final en el que se aplicaran, en una producción artística, los conceptos teóricos involucrados en la tesis. Por ese motivo, como trabajo final realicé un cortometraje para el cual me propuse, además, elaborar la banda sonora de manera integral.

Como quería aprovechar mi estadía en Japón para aprender también sobre sus tradiciones musicales, estudié el koto –un instrumento tradicional de cuerdas– que utilicé en combinación con un set de electrónica en vivo para la realización de algunas composiciones musicales e incluí su sonido en algunos arreglos y en música para cine.

Cuando terminé el máster, ya sin la contención de la beca, decidí quedarme en Japón para hacer una experiencia laboral, aprovechando que ya tenía experiencia en el medio. La búsqueda de trabajo fue una tarea ardua y estresante, pero finalmente comencé a trabajar en una fundación que se dedicaba a la educación

y a la divulgación de temáticas relacionadas con la cultura y el arte de América Latina. Coincidentemente, gran parte de mi vida profesional en Japón estuvo vinculada con la docencia y la difusión de la cultura de América Latina, así como la producción y la participación en eventos y en conciertos de música latinoamericana. Además, se presentó la oportunidad de trabajar en la Universidad de Artes de Tokio en calidad de profesor invitado. Durante este período me encargaron la organización y la realización de un concierto integral de tango con una formación musical de quinteto y, también, la elaboración de arreglos originales. A su vez, seguí participando en algunas producciones de cine y de cine de animación.

Jamás hubiera imaginado que esta aventura japonesa duraría casi cinco años. Hoy, ya de vuelta en el pago, de regreso en la querida Facultad de Bellas Artes, acomodando de a poco mis cosas, encarando algunos nuevos proyectos y reencontrándome con los amigos de La Plata y de Buenos Aires de, recuerdo toda esta experiencia con mucha alegría y, si bien todavía no extraño tanto el *sushi* con *sake*, en algún rincón de Tokio, no sé bien dónde, tal vez ahí, bajo un cerezo en flor, se quedó un pedacito de mi vida.

A modo de ilustración, les dejo un enlace en el que pueden escuchar el tanguito dedicado a mi barrio, que fue la primera composición que hice en Japón: <<https://www.youtube.com/watch?v=9YSHdCZ5Do0>>.